

Estructura multidimensional del autoconcepto físico

Multidimensional Structure of the physical self-concept

Oscar González Fernández

RESUMEN

Ya William James (1842-1910), uno de los padres de la psicología científica, se ocupó del estudio del autoconcepto. No obstante, es a mediados de los años setenta (Shalvelson, Hubner y Stanton, 1976) cuando termina por aceptarse ampliamente una concepción multidimensional y jerárquica dentro de la cual se distingue entre el autoconcepto académico, el físico, el social y el personal. A partir de los años noventa, se empieza a prestar atención particular al autoconcepto físico; una de las propuestas más convincentes (Fox y Corbin, 1989) diferencia dentro de él cuatro dimensiones: la condición, la habilidad, el atractivo y la fuerza.

Palabras clave: *Autoconcepto, autoconcepto físico*

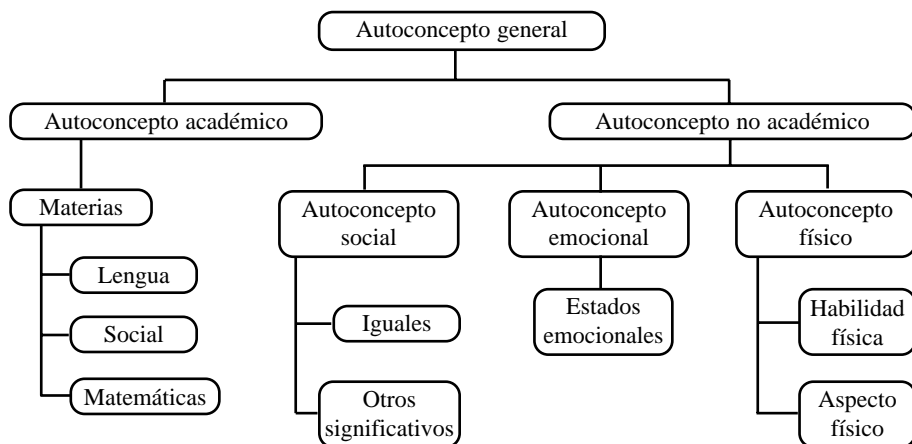
ABSTRACT

William James (1842-1910), one of the parents of the scientific psychology, was in charge of the study of the self-concept. Nevertheless, it is by the middle of the years seventy (Shalvelson, Hubner and Stanton, 1976) when it ends up being accepted a conception multidimensional thoroughly and hierarchical inside which is distinguished among the academic self-concept, the physique, the social one and the personnel. Starting from the years ninety, you begins to pay attention peculiar to the physical self-concept; one of the most convincing proposals (Fox and Corbin, 1989) he/she differs inside him four dimensions: the condition, the ability, the attractiveness and the force

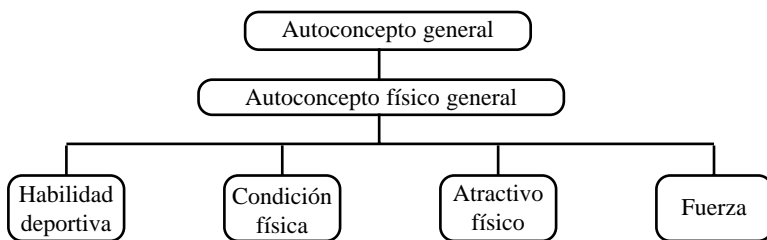
Key words: *Self-concept, physical self-concept*

William James (1842-1910) una de los padres de la psicología científica, se ocupó del estudio del autoconcepto.

A mediados de los años setenta se acepta una concepción multidimensional y jerárquica dentro de la que se distribuye entre el autoconcepto académico, físico, social y personal (Shavelson, Hubner y Stanton, 1976).



A partir de los años noventa se empieza a prestar particular atención al autoconcepto físico. Y una de las propuestas más convincentes (Fox y Corbin, 1989) diferencia cuatro dimensiones: la condición, la habilidad, el atractivo y la fuerza.



Actualmente hay una serie de características del autoconcepto asumidas y reconocidas universalmente:

- a. realidad compleja, multifacética y **multidimensional**, estructurada e integrada por áreas de experiencia más concretas.
- b. organizada de modo **jerárquico**.
- c. **consistente**, coherente y congruente con las experiencias previas que han formado el yo, al que protege de estímulos externos desestabilizadores (su mantenimiento es esencial para el buen funcionamiento del individuo).
- d. carácter dinámico que **se modifica** con la experiencia, integrando nuevos datos e informaciones

a) carácter multidimensional

Si hasta hace algunas décadas predominaba la tendencia de defender un modelo nomotético o unidimensional a la hora de entender el autoconcepto, es a partir del modelo de Shavelson et al., (1976) cuando comienza a cobrar fuerza la detección de factores diferenciales en la estructura del autoconcepto (Sonstroem, Speliotis y Fava, 1992).

Según Marsh y Peart (1988) numerosos estudios han confirmado mediante análisis factoriales el carácter multidimensional del autoconcepto: Boersma y Chapman, 1979; Dusek y Flaherty, 1981; Soares y Soares, 1982; Harter, 1982; Marsh, Parker y Smith, 1983; Marsh, Barnes, Cairns y Tidman, 1984; Fleming y Courtney, 1984; Marsh, Barnes y Hocevar, 1985; Marsh, Parker y Barnes, 1985...

Las diversas áreas de experiencia se agrupan en apartados propios, formando así autoconceptos específicos, distintos entre sí y del autoconcepto general. Una vez constatado que el autoconcepto global está formado por varios autoconceptos más concretos

específicos se comprende que las modificaciones sobre éstos influyan en el autoconcepto general.

Existen tantas clasificaciones y modelos de autoconcepto como autores. Entre los subdominios o ámbitos mayoritariamente asumidos pueden citarse los siguientes: autoconcepto académico, autoconcepto social, autoconcepto emocional, autoconcepto físico. En todos los casos, dichas dimensiones incluyen otras más específicas hasta llegar a un alto grado de concreción. Gran parte de los autores reconocen entidad propia a la autopercepción del estado de forma física y apariencia física.

Este modelo multidimensional de autoconcepto jerárquico se halla organizado de la siguiente manera. El autoconcepto general en la cima es relativamente libre de la coyuntura del contexto y está dividido más abajo en autoconceptos académico y no académico, en niveles de situación más específica. El autoconcepto académico es posteriormente dividido en conceptos de mayor especificidad según áreas diferentes; inglés, historia, matemáticas y ciencias. El autoconcepto no académico se subdivide en componentes social, emocional y autopercepción física.

La naturaleza multidimensional del autoconcepto da pie a que la gente pueda lograr unos autoconceptos globales satisfactorios por vías bien distintas. Aquellos que no poseen niveles de competencia adecuados en determinados ámbitos podrán complementarlos o suplirlos desde otros subdominios; de ahí que la educación física, por ejemplo, pueda ser una vía válida para mejorar la autoestima de algunos individuos.

b) organización jerárquica

El autoconcepto es un constructo organizado de modo jerárquico; los distintos ámbitos y dimensiones que abarca no se sitúan en un mismo plano de importancia sino que se ordenan de modo piramidal en función de su relevancia.

En el esquema propuesto por Shavelson para representar la organización

jerárquica del autoconcepto se aprecia, en la parte superior de la escala, el autoconcepto general; descendiendo progresivamente a facetas más específicas, aparecen diversos autoconceptos concretos, pudiendo llegar a analizar calificaciones académicas en áreas de aprendizaje específicas o influencia de terceras personas en función de su naturaleza, por ejemplo. Este modelo jerárquico permite medir percepciones de niveles inferiores, y posteriormente su posibilidad de generalización, extrapolación o incidencia en ámbitos más globales. Se ha mostrado una estructura estandarizada y representativa de la organización jerárquica de este constructo; no obstante, debe quedar patente que la citada clasificación jerarquizada podrá sufrir las modificaciones o adaptaciones pertinentes, en función de las apreciaciones subjetivas del propio sujeto. Las adecuaciones dependerán de la escala de valores que posea cada individuo y de las prioridades que prime. Los individuos pueden personalizar sus estructuras de autoestima otorgando diferentes grados de importancia a los dominios de la autopercepción (Watkins y Park, 1972; Weiss, 1976; Rosenberg, 1982; Harter, 1985; Sonstroem y Morgan, 1989; Tap, 1991).

Tomando en consideración dichos factores mediatizadores, Fox (1990) complementa el modelo de Shavelson y colaboradores (1976) y presenta la siguiente estructura jerarquizada: crea un nuevo instrumento de medición, el *perfil de la importancia percibida (PIP)* (Fox, 1990), para acompañar al PSPP y proveerle una medida de importancia concedida por los individuos a sus respectivos niveles de subdominios del ámbito físico. Estas puntuaciones funcionan como un filtro o criba entre subdominios por el valor asociado al desarrollo en cada subdominio. Harter (1985) plantea serias objeciones a este tipo de modelo jerárquico. Señala que la relación entre la autopercepción de cada dominio y la autovaloración global debe elaborarse de modo individual, específico para cada persona. Aduce la falta de representatividad de una sola estructura jerárquica estándar homologable y aplicable a todos los individuos indiscriminadamente.

c) consistencia

El autoconcepto supone un marco de referencia, con una función mediatizadora. La gente tiende a interpretar la realidad y a comportarse de modo consistente y coherente con sus propias percepciones, preservando o confirmando los juicios propios y las expectativas. El deseo de un individuo de ser consecuente con el sistema de su autoconcepto percibido influencia su respuesta a las situaciones. La autoestima es un predominante de tipo causal sobre el logro (éxito) (Epstein, 1973; Weiss, 1976; Harris, 1976; Candfiel y Wells, 1976). El individuo siempre está motivado por dos intereses:

1. incrementar su autoestima de modo positivo, sentirse bien consigo mismo desarrollando y ampliando su propio autoconocimiento, buscando mejorar su imagen pública, sus autovaloraciones de competencia en distintos campos y su sentido de valor moral. Algunos le conceden la categoría de primera ley de la conducta humana (Epstein, 1973; Campbell, 1984; Fox, 1988);

2. proteger su sistema de creencias acerca de sí mismo contra los cambios, necesario para la seguridad personal y la salud mental (teoría de la autoconsistencia

de Lecky, 1945); es decir, funcionando como un mecanismo para mantener su consistencia interna (Young, 1985; Ciernes, Bean y Clark, 1991).

Cada nueva experiencia es interpretada comparándola con este sistema; las que son compatibles con las evaluaciones propias del individuo ya preestablecidas serán aceptadas e incorporadas y tendrán una influencia más extensa que las negativas. La tendencia a la confirmación de las propias creencias produce una clase de espiral por la que *el pobre se empobrece y el rico se enriquece* (Combs, 1981).

En ocasiones se ponen en marcha mecanismos para la defensa de los contenidos, la estructura y la consistencia interna del autoconcepto actual; en otras, se transforma la disonancia de la nueva información desviándola hacia el autocrecimiento. Las personas prefieren conceptualizarse en función de los aspectos positivos y dejar de lado lo negativo. Es frecuente sobrevalorar lo poco positivo que se posee como procedimiento compensatorio. Covington y Beery (1977) hallaron que los niños con baja autoestima crean situaciones que confirmen el escaso valor propio que se otorgan. Serrano (1981) señala que un estudiante se cierra en una percepción de lo que él es como estudiante y que su conducta escolar tenderá a ser consistente con su propia percepción

d) modificabilidad

Esta es, sin duda alguna, de entre las citadas en el apartado anterior la característica que más controversia suscita, y por lo tanto no logra consensuar a todos los autores. Machargo (1991) llega incluso a clasificar a los diversos autores en tres grupos distintos, en función del planteamiento que adopten respecto a este dilema. No obstante, lejos de considerar la representatividad de los tres grupos como similar, la balanza se halla decantada hacia uno de ellos, además de por, el número de partidarios que la suscriben, por su filosofía integradora y ecléctica, que no excluye el resto de las opciones sino que las engloba, logrando una confluencia compatible y enriquecida. A continuación se ofrecen los tres planteamientos:

2.4.1. Destacan la estabilidad del autoconcepto. Para algunos autores la estabilidad es una característica propia y esencial del autoconcepto, por definición. Este constructo se mantiene básicamente idéntico a sí mismo, ofreciendo resistencia a cambiar su estructura; de ahí la importancia de vivir una infancia con experiencias positivas, que colaboren a interiorizar la competencia y valía propias.

El autoconcepto se mostraría insensible a las variaciones de la situación real (Lecky, 1961) y con alto grado organización, una vez definido y diferenciado (Engel, 1959). El autoconcepto se protege a sí mismo contra los cambios, el propio individuo está decidido a mantenerlo; cambiar algo significativamente requeriría la modificación de todo el sistema en orden a retener la consistencia del yo, lo que resultaría muy difícil (Candfield y Wells, 1976).

Diversos estudios de laboratorio no hacen sino confirmar este planteamiento (Engel, 1959; Kokenes, 1974; Dusek y Flaherty, 1981; Markus y Zunda, 1986): sólo aquellos que tienen intereses en estudios de intervención defienden lo contrario (Marsh y Peart, 1988).

(Mate (1989) expone los argumentos que suelen esgrimirse para que el autoconcepto se haga progresivamente más resistente al cambio:

A. La relativa estabilidad del medio social en el que se desenvuelven la mayoría de las personas: tendemos a asociarnos con personas que confirman las ideas y actitudes de uno para consigo mismo, logrando corroborar el Yo ya formado.

B. El hecho de convivir con gente que comparte las actitudes, convicciones y valores de uno mismo confirma al hombre en la creencia de que su forma de ser es la adecuada. El medio estable ayuda a estabilizar la imagen de uno mismo. Sólo el gran líder o el demente pueden tratar de mantener sus convicciones pese al rechazo unánime del resto.

C. Una mala percepción y una supervaloración de la actitud de los otros hacia uno mismo puede llevar a promover la estabilidad del yo.

2.4.2. Quienes defienden el cambio del autoconcepto, en oposición al colectivo anteriormente citado, tienden a subrayar las propiedades dinámicas y moldeables del autoconcepto relacionando los cambios de identidad con el contexto social inmediato del individuo.

El autoconcepto surge de la comparación social momentánea, variando notablemente en función de dicho contexto social. Así, el individuo, dependiendo de con quienes se encuentra, con quien se compara, de sus experiencias en distintas situaciones, y de cómo los otros reaccionan ante él, tiende a verse de modos diferentes (Gergen, 1984). En trabajos de campo se han detectado oscilaciones considerables al medir la autoestima, en función de si la medición se ha llevado a efecto cuando los sujetos se hallaban solos o en presencia de terceras personas.

Varios estudios sugieren que el autoconcepto es un constructo dinámico sujeto a cambio (Ankerbrand, 1973; Thacker, 1979; Schunk, 1983; Craft y Hogan, 1985). Rodríguez et al. (1988) sostienen que el autoconcepto es aprendido; por lo tanto, es factible modificarlo o cambiarlo, y olvidarlo en ciertos puntos. Por consiguiente, la autovaloración es discontinua, sufre cambios según los distintos contextos y su contenido depende de las pautas de comparación de cada momento. Los programas de intervención externa logran influencias en ocasiones notorias.

Más adelante se analizará su evolución en función de la variable edad. Esteban, Martín del Toro y Pérez (1985) señalan que el autoconcepto aumenta con la edad de los sujetos, es estable en períodos más o menos amplios y más positivo en unas épocas que en otras. Nuestra autovaloración a lo largo de la vida variará según: a. nuestra forma de enfrentarnos a las dificultades; b. las experiencias que tenemos; y c. la consideración que desarrollamos hacia nosotros mismos (Amador y Forns, 1995).

Esta tesis del cambio, al menos entendida en su visión extremista aglutina escasos partidarios ya que la realidad empírica apunta cierta tendencia a la consistencia y estabilidad del autoconcepto.

2.4.3. El autoconcepto es estable, pero no inmutable. La mayoría de los autores sostienen esta postura intermedia: el autoconcepto tiende a la estabilidad pero no

es una realidad inmóvil e inalterable, cambia y se modifica como fruto de la experiencia.

Desde el nacimiento, la persona va forjando una imagen de sí misma. El desarrollo es lento, progresivo, ordenado, no anárquico, unidireccional, lineal en el tiempo, de secuencias graduadas, siguiendo unas pautas de desarrollo, sistemáticamente, de modo lógico, que permiten predecir en cierta medida la evolución que cabe esperar del autoconcepto (Damon y Hart, 1983).

La autoestima puede crecer, arraigarse más íntimamente, ramificarse e interconectarse con otras actitudes nuestras; o puede debilitarse, empobrecerse y desintegrarse. Es, pues, perfectible en mayor o menor grado.

Las características de *regularidad*, *estabilidad* y *consistencia* propias del autoconcepto, explican la existencia de una identidad y de un comportamiento determinado. En base a estos rasgos, el autoconcepto media las relaciones con el entorno y, a pesar de la realidad cambiante del medio, posee una tendencia a mantener la estabilidad. Si es necesario contar con el autoconcepto para comprender y predecir algunas reacciones de las personas y la conducta, es por tratarse de un núcleo con una relativa inamovilidad. La persona necesita un marco de referencia para comprenderse a sí misma y a su entorno que le asegure claves de interpretación en cierta medida constantes (Gimeno, 1976). No todos los apartados concretos del autoconcepto presentan el mismo grado de estabilidad, ya que ésta guarda relación directa con el nivel jerárquico que ocupa esa faceta. De ahí que se hable de una estructura semi-permanente (Webster y Sobieszet, 1974).

El autoconcepto general agrupa autoimágenes de sunia significatividad e importancia, por lo que es más firme y estable; sin embargo, otras dimensiones o facetas más específicas del mismo, periféricas o menos relevantes en la definición personal, resultarán más influidas por las experiencias concretas, más moldeables y flexibles, y más propensas a experimentar diversas variaciones locales. Ciertos contenidos constituyen el corazón del autoconcepto; de otros no se posee clara convicción para hacer frente a experiencias contradictorias. Cuando las informaciones del medio así lo requieren, el individuo se ve obligado a incorporar a sus esquemas previos nuevas percepciones. Para detectar estas adaptaciones específicas se requerirán instrumentos diseñados para medir dimensiones concretas del autoconcepto, pues de otro modo dichas modificaciones pasarán desapercibidas en una medición del autoconcepto general (Markus y Zunda, 1986).

No cabe olvidar que los individuos valoran de modo subjetivo la importancia de cada dimensión del autoconcepto. Por consiguiente, la modificabilidad /estabilidad de los diversos apartados del autoconcepto será específica, personal y original para cada individuo, careciendo de rigor aquellas estructuras y teorías que traten de ser estandarizadas y homologables a la totalidad de los sujetos (Ben y Alien, 1974).

Las modificaciones parciales no implican cambios relevantes a nivel de autoconcepto general (Núñez y González-Pienda, 1994). Este planteamiento fue corroborado empíricamente por el trabajo de Marsh, Richards y Barnes (1986). De este modo se hacía compatible el dilema de Elexpuru (1992), que calificaba como situa-

ción paradójica el tema de la estabilidad, ya que a pesar de ser considerado relativamente estable, existe un enorme interés en investigar sobre la posibilidad de modificarlo (programas de intervención). Branden (1993) y McKay y Fanning (1987) califican como un proceso muy lento modificar la ingente cantidad de material almacenado en el subconsciente. Los diversos autoconceptos se van estabilizando con la edad a medida que la experiencia que se tiene es congruente con dichas percepciones (Rubin, 1978; Marsh, 1984;

González y Tourón, 1992). Por ello, los esfuerzos por incrementar el autoconcepto pueden tener más impacto si se actúa en las primeras edades, cuando todavía las creencias acerca de sí mismo están menos establecidas y más sujetas a cambio.

Recientemente se han elaborado varios cuestionarios que responden a esta estructura cuatridimensional: el PSPP (Physical Self-Perception Profile, de Fox y Corbin, 1989) el CY-PSPP (Children and Youth Physical Self-Perception) de Whitehead (1995), el CAF (Cuestionario de Autoconcepto Físico) de Goñi, Ruiz de Azúa y Liberal (2004) y el AFI (Autokonzeptu Fisikoaren Itaketa) de Esnaola (2004).

BIBLIOGRAFÍA

- Amador, J.A. y Fornas, M. (1995). *Autoestima. Cómo mejorar la propia imagen*. Barcelona: Colimbo
- Ankerbrand, L.J. (1973). *The self-concept of students physically handicapped and nonhandicapped related to participation in a individual sport* (Doctoral Dissertation, Missouri: University)
- Canfield, J. y Wells, H. C. (1976). *100 ways to enhance self-concept in the classroom*. Massachusetts: Allyn & Bacon, Loongwood Division, 1994
- Corbin, C.B. y Nix, C. (1979). *Sex-typing of physical activities and success predictions of children before and after cross-sex competition*. Journal of Sport Psychology, 1, 32-52
- Covington, L.V. y Beery, R.G. (1977). *Self-worth and school learning*. New York: Holt Rinehart & Winston
- Craft, D.H. y Hogan, P.I. (1985). *Development for mainstreaming*. Adapted Physical Activity Quarterly, 2(4), 320-327
- Damon, W. y Hart, D. (1986). *Stability and change in children self-understanding*. Social Cognition, 4, 102
- Elxpuru, I y Villa, A. (1992). *Autoconcepto y educación. Teoría, medida y práctica pedagógica*. Vitoria-Gasteiz: Eusko Jaurlaritz
- Engel, M. (1959). *The Stability of the self-concept in adolescence*. Journal of Psychology, 58, 211-215

- Epstein, S.(1973). The self-concept revisited: or a theory of a theory. *American Psychology*, May, 404-416
- Gimeno Sacristán, J.(1976). *Autoconcepto, sociabilidad y rendimiento escolar*. Madrid: MEC
- Goñi, A.(Ed.) (1996). *Psicología de la educación sociopersonal*. Madrid: Fundamentos
- Goñi, A. y Zulaika, L.M.(2000). Relationships between physical education classes and the enhancement of fifth grade pupils' self-concept. *Perceptual and Motor Skills*, 91, 146-150
- Lecky, P. (1945). *Self consistency*. New York: Island
- Machargo, J.(1991). *El profesor y el autoconcepto de sus alumnos*. Madrid: Escuela Española
- Markus, H. y Zunda, Z. (1986). Stability and malleability of the self-concept. *Journal of Personality and Social Psychology*, 51, 858-866
- Marsh, H. W. (1990). The structure of academic self-concept: the Marsh/Shavelson model. *Journal of Educational Psychology*, 82, 623-636
- Musitu, G. García, F. y Gutierrez, M. (1994). *Autoconcepto Forma -A: Manual*. Madrid: TEA
- Núñez-Pérez, J. C. y González-Pianda, J. A. (1994). Determinantes del rendimiento académico. Variables cognitivo-motivacionales, atribucionales, uso de estrategias y autoconcepto. Oviedo: Universidad
- Rosenberg, M. (1979). *Conceiving the self*. New York: Basic Books
- Rubin, R. A. (1978). Stability of self-esteem ratings and their relation to academic achievement: A longitudinal study. *Psychology in the Schools*, 15(3), 430-433
- Shavelson, R. J., Hubner, J.J., Stanton, J.C. (1976). Self concept: validation of construct interpretations. *Review of Educational Research*, 46, 407-441
- Sonstroem, R. J. Speliotis, E.D., Fava, J. L. (1992). Perceived physical competence in adults: an examination of the physical Self-Perception Profile. *Journal of Sport & Exercise Psychology*, 14, 207-221
- Watkins, D. y Park, J. (1972). The role of subjective importance in the self evaluation. *Australian Journal Psychology*, 24, 209-210
- Webster, M. & Sobieszek, B. (1974). *Teorías de la autoevaluación. Estudio experimental de psicología social*. 1978. México: Limusa
- Weiss, M.R. (1987). Self-esteem and achievement in children's sport and physical activity. *Advances in Pediatric Sport Sciences: Behavioral Issues Human Kinetics*, 87-119

